

¿Cultura dual o cultura residual? (a modo de introducción)

Antonio Casado da Rocha¹ y Natxo Rodríguez Arkaute²

Palabras clave: cultura, extensión, proyección universitaria, acción cultural, formación dual

La universidad como institución³ siempre ha considerado imprescindibles los escenarios laborales para iniciarse en el ejercicio de una profesión. Como explica Jordi Coiduras, las experiencias de inmersión en el trabajo (aquello que, simplificando mucho, aquí llamaremos «lo dual») tienen un largo arraigo en la educación superior, especialmente en los ámbitos de la formación docente y sanitaria, con una incorporación más reciente en otros estudios; hoy día crece el interés por los beneficios de la experiencia dual en formación profesional, así como por las nuevas experiencias universitarias impulsadas por el enfoque de las competencias, pero el escenario académico está sujeto a cambios y convulsiones que dificultan su implantación.⁴

La universidad es un organismo que está en constante redefinición. A pesar de contar con una maquinaria pesada, de ritmo lento, en el que las decisiones y los

¹ Universidad del País Vasco / Euskal Herriko Unibertsitatea (UPV/EHU), Donostia-San Sebastián (Gipuzkoa), antonio.casado@ehu.eus

² Universidad del País Vasco / Euskal Herriko Unibertsitatea (UPV/EHU), Leioa (Bizkaia), natxo.rodriguez@ehu.eus

³ La universidad en general, que aquí escribiremos con minúscula para diferenciarla de las Universidades particulares.

⁴ El profesor de la Universidad de Lleida compartió esta descripción en el contexto de la jornada «La formación dual en las titulaciones del ámbito educativo», celebrada en la Facultad de Educación, Filosofía y Antropología de la UPV/EHU el 6 de junio de 2018.

cambios se aplican a medio plazo (tirando a largo), su dinamismo interno y la multitud de relaciones simultáneas que tienen lugar en el día a día hacen que el mismo concepto de universidad sea una idea poliédrica en constante movimiento. Incluso en la UPV/EHU, de la que somos parte, una universidad pública y generalista, conviven diferentes maneras de verla y sentirla. Entre otras cosas por ser una comunidad en la que participan muchas y diferentes personas entre alumnado, personal de administración y servicios, personal docente e investigador, trabajadores y trabajadoras externos, visitantes, empresas, asociaciones e instituciones colaboradoras, etc., que de una u otra manera y en conjunto codeterminan y cocrean su identidad mediante la interacción cotidiana.⁵

En nuestra universidad, como en otras de su entorno, la acelerada interacción entre las expectativas y las legítimas demandas del entorno (sean gobiernos, empresas o la ciudadanía) y sus fines tradicionales o internos está provocando una cierta crisis de identidad que se refleja en su dimensión cultural, esa «tercera misión» que la universidad debe atender además de la enseñanza-aprendizaje y la investigación-transferencia. Esas interacciones y crisis requieren una gestión especialmente cuidadosa, pues la universidad es un campo de cultivo pero también de batalla en las sociedades contemporáneas, habitualmente descritas —como veremos más adelante— en términos de «sociedad del conocimiento» o de «capitalismo cognitivo». Al servicio de la academia y las ciencias, pero también de las artes y humanidades, la universidad está situada en una posición clave o central entre el Estado y el mercado, entre la escuela y la industria, reproduciendo y a veces amplificando las tensiones entre esos agentes. Se diría que nunca antes se han depositado tantas y tan diversas expectativas en la universidad: de independencia, pero también de transparencia; de innovación social, científica y tecnológica, pero también de rendición de cuentas y preservación del patrimonio; de transformación radical y al mismo tiempo de resiliencia; de conciencia crítica y vanguardia cultural, pero también de aplicación para mejorar la calidad de vida.

Es en el contexto de esa suma compleja de diferentes miradas sobre la universidad actual —una universidad atravesada por miradas externas que, a su vez, se plantea cómo atravesar esa sociedad en la que se inscribe— donde situamos esta reflexión sobre lo dual en la universidad y concretamente en su dimensión cultural. De alguna manera, la «universidad dual» como propuesta plantea cierto cambio de paradigma en las relaciones entre la universidad y su entorno, ese campo que he-

⁵ Por naturaleza, la UPV/EHU es una universidad bilingüe donde el euskera y el castellano son protagonistas en pie de igualdad, aunque cada vez más conviven con otras lenguas. Sin olvidar su organización descentralizada organizada en torno a tres campus (Araba, Bizkaia y Gipuzkoa), abarcando todas las áreas de conocimiento: ciencia, tecnología, salud, ciencias sociales, arquitectura, humanidades..., además esta comunidad universitaria está atravesada por otras instituciones, empresas y en general por todas las personas y agentes de su entorno. Esto hace que en esta, como en otras muchas, hablar de una universidad no sería adecuado porque, en realidad conviven diferentes visiones de una misma universidad...

mos llamado la «interacción universidad-sociedad». En ese espacio, vista desde la universidad la cultura tiene un movimiento centrífugo, cuando la universidad se extiende o proyecta en la sociedad, y un movimiento centrípeto, cuando las cuestiones que preocupan a la sociedad se interiorizan y trabajan en el ámbito universitario. Y es que la universidad siempre ha tenido cierto carácter dual en relación con la cultura, en lo que tiene de introducir la escuela en la vida (también en la vida laboral) y la vida en la escuela, mediante la formación integral de la comunidad académica.

Recordemos que los tres ejes o misiones de la universidad son la docencia, la investigación y la extensión universitaria. Alrededor de esta última, la extensión, es donde pivota todo aquello que tiene que ver con la cultura universitaria más allá de lo estrictamente académico o investigador. Es cierto también que el concepto mismo de extensión ha ido evolucionando, mutando en denominación y objetivos, combinándose con otros términos y áreas de actuación. Algunas veces por razones históricas de lógica evolución de la institución, otras por simples cuestiones terminológicas y otras mezclándose de una manera no demasiado clara con otras funciones de la universidad. Así, asociadas a la extensión nos hemos ido encontrando áreas como la proyección universitaria, la acción cultural o incluso la transferencia. Sin embargo, no es este el momento de abordar ese debate, sino más bien de situar la mirada alrededor de ese espacio movedido que ocupa la cultura universitaria y que ahora proyectamos hacia el concepto de lo dual, recién llegado a la universidad, al menos oficialmente.

Sin profundizar en los orígenes de la propuesta, en el marco de la formación postobligatoria y sus relaciones con la formación orientada a la profesionalización, la universidad dual plantea de partida muchos interrogantes y no pocas suspicacias: la idea de una universidad centrada en la formación como profesional de alto nivel, consecuencia directa del modelo de la formación profesional dual o en alternancia; las condiciones más o menos precarias con las que los y las estudiantes se integrarán en las empresas; o el diseño de una formación según la demanda y necesidades coyunturales externas con lo que ello supone de dependencia de los movimientos de un mercado laboral inestable en el que predecir las necesidades formativas con cierta antelación es cuando menos complicado. Sin embargo, aunque todos estos debates son interesantes, hay otra cuestión, quizá de carácter más subjetivo, que consideramos crucial. Tiene que ver con la inversión de factores que supone para las dinámicas de definición de la propia universidad. Es decir, si tradicionalmente la autonomía universitaria era la herramienta que le permitía tener la iniciativa y la libertad para autodeterminarse como institución a la hora de establecer prioridades y diseñar sus propias políticas, contribuyendo así a su rol de liderazgo social y cultural, invertir los términos, trasladando el foco a una supuesta demanda del mercado laboral, condiciona sin duda su nivel de autonomía. De alguna manera se da la vuelta a la universidad «sin condición» que planteaba Derrida (2002) y se convierte en una universidad condicionada por el mercado (laboral).

Sin entrar a valorar qué puede llegar a suponer lo dual para las áreas de corte más tecnocientífico, no hay duda de que como propuesta tiene más correspondencia con la realidad laboral y formativa de esas áreas. Sin embargo, cabe preguntarse en qué medida afectará el giro dual a las humanidades o el arte en la universidad. Tratemos de imaginar para ello cuál sería, por tanto, la segunda parte de esa correspondencia dual en el ámbito de las humanidades, las artes y la cultura en general. ¿Qué o quiénes jugarían el rol de empresa, instituciones, tejido y realidad laboral en este ámbito? ¿Podemos suponer que serían las industrias culturales y creativas (ICC) quienes asumirían el papel de esas empresas? ¿Qué rol correspondería al entramado institucional público que en nuestro contexto es uno de los únicos sustentos en determinadas áreas de la creación? ¿Existe un escenario de pequeñas y medianas empresas digno de mencionar en el sector cultural? Y, por último, ¿es pertinente hablar de un marco estable y adecuado en el que toda esta actividad cuenta con acomodo normativo para las relaciones laborales que en él tienen lugar?

Aun dando por bueno el ámbito de las ICC como el lugar «empresarial» que correspondiese a la cultura universitaria, lejos de ser equivalente a industrias como la del automóvil o la máquina herramienta, este no es lo suficientemente sólido para acoger el alumnado dual. Esto supondría además dar por sentado que la ICC sería la receptora idónea de un alumnado que en la universidad está familiarizado con la producción cultural, sin duda, pero también con el análisis, la crítica, la experimentación y la investigación. Aspectos estos que no son prioritarios en una industria más interesada en los productos de masas, los públicos mayoritarios, el consumo cultural inmediato y la cultura del espectáculo. Experimentación, análisis, crítica e investigación en materia cultural son normalmente atendidos por instituciones públicas o estatales, pero estas actividades no representan un nicho laboral significativo en las políticas duales, principalmente de cara al empleo. Más aún cuando el ciclo de la crisis iniciado en 2007-2008 mermó los presupuestos públicos dedicados a la cultura. Por otro lado, entre las iniciativas pequeñas o medias del sector cultural están las que tienen un corte más empresarial más propio del ámbito de las ICC, con sus particularidades y sus debilidades. Y, aparte, otras iniciativas más informales, innovadoras en los modos y los objetivos pero que, precisamente por su carácter informal e innovador dependen demasiado de la administración pública y sus políticas de ayudas y subvenciones.

Por su especificidad y complejidad el tema laboral en el sector de la cultura y la creación merecería un capítulo aparte (véase por ejemplo Estankona, Lauzirika y Rodríguez, eds., 2014). Se trata, sin duda, de un sector en el que prima la precariedad, en el que los trabajadores y trabajadoras no cuentan con las garantías laborales necesarias. No existe un marco normativo que atienda las especificidades laborales del sector. Los contratos en las relaciones no son habituales. Los sindicatos tienen escasa presencia y la falta de asociacionismo agudiza la desestructuración de un gremio muy atomizado.

Si este es el escenario laboral sobre el que varios grados universitarios deberían fundamentar su oferta, es comprensible pensar que no todas las áreas de conocimiento tendrán las mismas posibilidades. Conscientes de esta realidad sería justo tener en cuenta las especificidades de cada sector y adaptar este y otros cambios tan significativos a las circunstancias de cada área. Pero la experiencia universitaria nos demuestra que los cambios sufridos en la universidad europea en los últimos años, algunos de ellos de gran calado, han implantado modelos de evaluación de la investigación, organización de la docencia, gestión de la calidad, etc. que nacieron alejados de las dinámicas propias de las humanidades, el arte y la creación. Es lógico por tanto pensar que, una vez más, estas áreas no tendrán fácil acomodo en un modelo que sienten como ajeno.

En algún caso, podríamos estar ante una oportunidad para propuestas como Conexiones improbables o Arteshop,⁶ cada una en su escala, que plantean de otra manera la integración de artistas, creadores y creadoras en empresas y compañías que no tienen que estar directamente relacionadas con el sector al que supuestamente pertenecen. Participando en la toma de decisiones, resolución de problemas o formando parte de programas de investigación, desarrollo e innovación transdisciplinar, no como generadores de artefactos culturales o prestadores de los habituales servicios culturales o creativos, sino como agentes activos con su lenguaje, sus herramientas y procedimientos (conceptuales y técnicos), con un bagaje formativo, cultural y audiovisual propio. Pero ni en el mejor de los casos este modelo sería capaz de responder a la demanda que se generaría.

En un contexto laboral tan incierto como es el sector de la producción cultural y las humanidades y dentro de la lógica de relaciones universidad-sociedad que nos propone el modelo dual, ¿sería también el mercado laboral hegemónico de la industria cultural y del entretenimiento quien determinase según sus criterios el futuro dual de la universidad? Ante esa pregunta no podemos dejar de recordar que, según Bauman, los criterios vigentes en la producción cultural tienen un carácter más «residual» que «dual», si se nos permite el juego de palabras:

[Se trata de] criterios de mercado de consumo, de aquellos que dan prioridad al consumo, la gratificación y la rentabilidad instantáneos. Un mercado de consumo dirigido a satisfacer necesidades no ya eternas sino, simplemente, a largo plazo sería un contrasentido. Los mercados de consumo fomentan la circulación rápida, el acorta-

⁶ Conexiones improbables es un proyecto que a través de una metodología de Innovación Abierta / Open Innovation forma equipos híbridos de trabajo para tratar de dar solución a problemas y necesidades reales de empresas y organizaciones integrando en estas artistas y personas vinculadas a la creación y el pensamiento (<http://conexionesimprobables.es>). Arteshop, por otro lado, es una propuesta de la Facultad de BBAA de la UPV/EHU y el Ayuntamiento de Bilbao que en cada edición anual, desde 2011, plantea intervenciones de estudiantes de la Facultad en setenta y cinco comercios de Bilbao. Son propuestas específicas para cada uno de los comercios, surgidas del diálogo entre estudiantes y comerciantes, intentando responder a necesidades y circunstancias de cada lugar.

miento de la distancia entre el «usar» y el «tirar» (y la posterior eliminación de los residuos), así como la inmediata sustitución de aquellos bienes que ya no son rentables. Todo ello está en contradicción directa con la naturaleza de la creación (Bauman, 2006, p. 63).

Dentro de ese esquema de relaciones universidad/empresa, público/privado, dual/residual, ¿qué tipo de crítica se podría ejercer desde la universidad a ese modelo? Precisamente es en el ámbito de la cultura donde lo público desempeña una función crucial al ejercer de contrapunto a la industria de la cultura y el entretenimiento. Es desde las instituciones y los recursos públicos desde donde se puede garantizar la diversidad, el acceso universal a la cultura como derecho, la atención a las expresiones minoritarias, el fomento de la creación y la experimentación, frente a una industria y un mercado que homogeniza y simplifica y que, como apuntaba Bauman, fomenta un consumo cultural rápido que es más rentable económicamente. Un modelo cultural industrial que priorice el pago por visión, la escasez de los productos culturales y las restricciones de uso, y que cuando actúa como *lobby* intenta (y consigue) condicionar normas y leyes que restringen el acceso a la cultura, perjudica el dominio público y esquilma los bienes culturales comunes. Evidentemente la universidad pública debería tener algo que decir y defender en ese terreno. Si desplazamos la toma de decisiones universitaria hacia el mercado y la industria, la reflexión y la crítica sobre estos modelos se verá inevitablemente «condicionada»; aunque, por otro lado, ¿no ha sido siempre así?

Es necesario repensar, pues, las relaciones entre universidad, sociedad y cultura. Como hemos visto, el reto para la universidad es mejorar su integración en el tejido social y productivo, conectando los saberes y las capacidades de la ciudadanía, y al mismo tiempo preservar la tradición de pensamiento crítico que ha sido parte de la identidad universitaria desde sus orígenes. Abordar ese reto supone hacerse ciertas preguntas que a menudo las personas que integramos la academia no tenemos tiempo de plantear y discutir: ¿cómo y cuándo surge esa dimensión cultural en la universidad? La extensión, proyección o transferencia del conocimiento a la sociedad ¿es tan prioritaria como su generación y preservación? ¿Puede la universidad actual fomentar una cultura interna que, al proyectarla al exterior, sirva de ejemplo para otras instituciones, por ejemplo en lo que se refiere a la igualdad de género o la sostenibilidad ambiental? ¿O es la universidad una institución en decadencia, incapaz de mantener sus valores en un mundo crecientemente gobernado por el afán de lucro? La antigua idea de la universidad como búsqueda cooperativa del bien, la verdad y la belleza ¿es un ideal platónico o puede encarnarse en la academia de hoy? ¿Qué nuevas identidades están emergiendo en un escenario cada vez más autorreferencial, dominado por una industria de la publicación que ha mercantilizado la generación de conocimiento, habitado por académicos que a menudo acaban siendo explotadores de sí mismos y de su entorno? ¿Conviene reproducir en artes y humanidades los modelos de gestión que funcionan en las

ciencias y las ingenierías? ¿Se puede escapar a esa dicotomía entre las «dos culturas», la humanística y la científicotécnica?

1. CULTURA DUAL. IDENTIDADES EN INTERACCIÓN UNIVERSIDAD-SOCIEDAD

La primera parte de este libro se dedica a responder esas preguntas desde el sistema universitario español, pero en diálogo con el contexto europeo e internacional. En la segunda parte, y en línea con la experimentación activa propugnada por el programa Etorikizuna Eraikiz de la Diputación Foral de Gipuzkoa, pasamos del diagnóstico general a una exploración tentativa de algunas vías de trabajo desde diferentes disciplinas presentes en el sistema universitario vasco.

Lo que comparten estos ensayos no es su pertenencia o cierre en torno a un mismo proyecto, sino la apertura hacia una serie de campos o líneas de fuerza ya presentes en la primera parte. Entre otros, podríamos destacar la redefinición del concepto de cultura universitaria y con él de la propia misión de la universidad (Ariño, Boni y Manzano, García, Umerez); la llamada crítica a no desatender situaciones de injusticia y explotación (Arnosó *et al.*, Guerra, Saez de la Fuente y Martínez, Casado y Delgado); la responsabilidad social o cultural de la universidad frente al tejido económico y empresarial que la sostiene (Cejudo, Txapartegi); la aportación a este debate de disciplinas cuya posición en la universidad no es hegemónica, explorando nuevos modos de investigar y de difundir los resultados a la sociedad (Pérez, Miranda); y, en definitiva, la defensa de la identidad e integridad universitaria frente a amenazas que son globales y van más allá de la supervivencia o no de la academia (Karlsson, Broncano, y prácticamente todos los demás).

En el primer capítulo, Antonio Ariño presenta la historia de la función cultural de la universidad, de su institucionalización y naturaleza, describiéndola en relación con la innovación, la democratización del saber y el acceso al patrimonio cultural, el liderazgo social y la formación integral de la persona. Su recorrido parte de los primeros impulsores de la «extensión universitaria» en el contexto español, como Rafael Altamira, pasa por su justificación dentro del pensamiento de Ortega o Zambrano y llega hasta su desarrollo legislativo en las sucesivas reformas que nos han dejado el actual modelo de universidad. Un modelo que, siguiendo a María José Guerra, está seriamente afectado por el neoliberalismo, la burocratización, la obsesión con el control y la rendición de cuentas, provocando una aceleración patológica de la vida académica que hace imposible cumplir con las funciones tradicionales de docencia, investigación y gestión sin un coste personal que recaer sobre todo en las mujeres. Su tesis central es que la igualdad de oportunidades entre hombres y mujeres es un objetivo imposible de alcanzar en la «academia neoliberal» por las propias características de este modelo universitario. Esta tesis se completa con la propuesta por Mikael Karlsson, centrada en las consecuencias de comercializar la investigación, en particular en lo que él denomina la inves-

tigación guiada por la curiosidad. Aunque su defensa del papel de las sociedades y revistas científicas en la recuperación de los criterios que deben guiar la actividad académica se ciñe sobre todo a la investigación biomédica, lo dicho se podría extrapolar a la relación entre las disciplinas de artes y humanidades con las «industrias creativas y culturales», uno de los temas actualmente en discusión cuando se habla de formación dual, tal como señala Rafael Cejudo en su capítulo. Ambos coincidirían en mantener que, en sus relaciones con la industria, la academia debería reforzar su identidad y sus estándares; como dice Mikael, «la industria puede ser la aliada de una academia fuerte, pero nadie te quiere cuando estás en las últimas».

Ahora bien, ¿en qué consiste ese modelo neoliberal o de «capitalismo cognitivo»? En su capítulo, Fernando Broncano describe los cambios económicos e históricos que han convertido la generación y gestión del conocimiento en el factor clave de las sociedades contemporáneas, describiendo a continuación sus contradicciones culturales, pues la «sociedad del conocimiento» ha devenido también en una inmensa industria de la desinformación y la ignorancia. La forma neoliberal del capitalismo distorsiona el carácter social, colectivo y cooperativo del conocimiento y hace de la academia un mercado donde la competitividad y la lucha por el reconocimiento generan adaptaciones de carácter que rozan lo patológico, cuando no entran de lleno en el terreno de lo tóxico. Pese a todo, ser conscientes de tan sombrío panorama nos permite vislumbrar o imaginar alternativas: hay otras culturas académicas más allá del «sálvese quien pueda». Que otra universidad es posible es el argumento principal del capítulo de Vicente Manzano y Sandra Boni. Tras identificar varios modelos o formas de concebirla, apuestan por una universidad que permita avanzar en la construcción de conocimiento, en la mejora de la sociedad y en el bienestar o goce duradero de la población, incluyendo por supuesto a la comunidad universitaria. «Hacer bien el bien, estando bien» sería el lema de esa universidad alternativa. Como remedio a la combinación de microapasionamiento y macroapatía que caracteriza a la universidad actual, Manzano y Boni proponen un modelo que, basándose en los principios del desarrollo humano, fomente el empoderamiento, la equidad, la sostenibilidad y la seguridad.

La universidad no se transforma sola, sino en interacción con su entorno; para acercarse al modelo imaginado por Manzano y Boni necesita ser espoleada por agentes sociales como los representados en el colectivo Unibertsitate Kritiko Sarea (UKS), una red de organizaciones no gubernamentales que colaboran con la UPV/EHU en diferentes programas culturales y de proyección universitaria para reflexionar sobre el devenir de las universidades públicas en el marco del sistema económico actual. El capítulo que firma Maitane Arnosó con sus colaboradoras relata el origen y motivación de UKS; su diagnóstico se encuentra en línea con el de capítulos anteriores, y lo podríamos resumir con M. J. Guerra recordando que «lo académico es político», y que por lo tanto la universidad tiene una responsabilidad con los saberes y culturas locales, especialmente vulnerables a situaciones de

«epistemicidio» en el panorama neoliberal. Por otra parte, también sería epistemicida imaginar alternativas sin conocer el terreno en que la universidad ha de llevar a cabo su misión. Y hoy, como señala Ekai Txapartegi en su capítulo, vivimos en una «era empresarial», en el sentido de que la empresa representa un modelo cultural del que no cabe evadirse. La idea de que todo sea susceptible de «gestionarse como una empresa» define nuestro presente.

Junto con Rafael Cejudo, es Txapartegi quien examina de manera más explícita la posibilidad de llevar la formación dual a estudios universitarios de artes y humanidades, como por ejemplo gestión cultural, bellas artes o filosofía. Txapartegi es consciente de que en las facultades y departamentos de filosofía lo políticamente correcto es la retórica antiempresarial o como mínimo la sospecha permanente hacia lo que M. Karlsson denomina «comercialización». Pero detectar y rechazar los peligros del modelo neoliberal no supone renunciar a alianzas con la empresa que permitan a la universidad perseguir los fines que le son propios; más bien al contrario: Txapartegi sugiere que hay maneras de concebir y gestionar una empresa que pueden ser filosóficas e incluso contribuir a ese «hacer bien el bien, estando bien» propugnado por Manzano y Boni. El desprecio elitista hacia la industria y la autocomplacencia presente en algunas defensas de la torre de marfil académica pueden resultar contraproducentes en el escenario actual y a la larga erosionar aún más la propia institución universitaria, ya bastante maltrecha. En ese contexto, las artes y humanidades se perciben a sí mismas en peligro pero también *en transición* hacia nuevos modelos en los que poder desarrollar su aportación a la humanidad.⁷ En esa tarea es necesaria cierta autocritica pues, como sugieren UKS además de Casado y Delgado, la enseñanza de la ética, la filosofía, la poesía o las artes en general no es algo liberador de por sí; puede llegar incluso a ser una tapadera si esa formación no se puede llevar a la práctica mediante una cultura verdaderamente emancipadora y al servicio de la sociedad.

La universidad actual ha heredado una dualidad entre estudios «de letras» y «de ciencias» que aún es corriente entre el alumnado y, por supuesto, en la sociedad en general. En sus respectivos capítulos, Umerez y García Rodríguez abordan desde perspectivas complementarias la posibilidad de reunir o acercar la cultura literaria y la cultura científica. Esta cuestión se remonta por lo menos al célebre ensayo de C. P. Snow sobre las «dos culturas» (1959), que ha generado a su vez múltiples intentos de conciliación, entre otros el de John Brockman con su concepto de *tercera cultura*. Jon Umerez ve en las ciencias de la complejidad surgidas en la década de 1980 un precedente de lo que podría llegar a ser esa «tercera cultura», pero advierte también del peligro de reproducir las *Science Wars* de los noventa, cuyas secuelas aún siguen latentes en la academia. Umerez propone que la filosofía recupere protagonismo en este debate, haciendo una contribución a la tercera cultura libre de los excesos anteriores; por su parte, Marta García Rodríguez analiza

⁷ La expresión «humanidades en transición» es de Marina Garcés (2017).

en detalle las diferentes variantes en que se ha intentado resolver la dicotomía entre letras y ciencias y hace una llamada a la humildad por parte de la filosofía, que ya no puede presentarse como el único lugar donde abordar la conciliación. La filosofía (ni ninguna otra disciplina aislada, como esa ética entendida como un «txoko» o gabinete cosmético de imagen pública que también critica Txapartegi) no puede reclamar una perspectiva privilegiada para pensar la vida buena o plena. Nos parece más bien que el protagonismo debería tenerlo la universidad en su conjunto; de ser posible la conciliación, solo podrá ser efectiva mediante una cultura científica que sea verdaderamente universitaria y, por lo tanto, plural.

Aunque Ariño argumenta que la responsabilidad corporativa universitaria no es algo distinto o aparte de cualquier actividad que realice propiamente la universidad —toda actividad académica bien entendida genera beneficios a la sociedad, al menos cuando se trata de universidades públicas sin afán de lucro—, Cejudo adapta ese concepto para recordarnos que las empresas tienen responsabilidades culturales y que por otro lado todas las universidades, privadas o públicas, tienen deberes frente a la sociedad. Su propuesta es que la cultura en la universidad contemporánea vaya más allá de la extensión universitaria, siendo responsabilidad de la universidad frente a la sociedad el mantener viva la llama de la alta cultura o al menos de aquella que, por no ser fácil o comercial, sea especialmente vulnerable y no pueda sostenerse de otra manera. La cuestión sería entonces cómo navegar esa dualidad entre las urgencias socioeconómicas y la universidad como un espacio de experimentación libre y activa donde puedan florecer la cultura y las culturas al margen de su contribución inmediata al desarrollo económico.

La responsabilidad social de la universidad en respuesta a la vulnerabilidad de las personas y de las culturas también es ilustrada por Antonio Casado y Janet Delgado mediante el comentario de una historia o caso imaginado por Kazuo Ishiguro, premio Nobel de literatura en 2017. Su lección sobre la ambivalencia de la cultura y las humanidades puede ilustrar también la vulnerabilidad que se genera en las relaciones educativas y movernos a reconocerla y a fomentar la resiliencia de la comunidad universitaria y las personas que la integran. Que el mundo imaginado por Ishiguro no está tan lejos del nuestro puede entenderse mejor en relación con el siguiente capítulo, en el que Izaskun Sáez de la Fuente y Javier Martínez Contreiras amplían el *zoom* de la discusión a cuestiones éticas y jurídicas tan urgentes como cercanas: más allá o más acá de la explotación de saberes y órganos denunciada en *Never Let Me Go*, tenemos aquí y ahora la prostitución organizada y la gestación subrogada; su abordaje desde la perspectiva de género y de las víctimas no puede faltar en una cultura o en una universidad que se pretendan críticas, e ilumina las causas de otras patologías en nuestra forma de vida contemporánea.

Tanto Cejudo como Sáez de la Fuente y Martínez nos recuerdan que esa necesaria tarea crítica tiene a Walter Benjamin como precursor. Que no pueda establecerse *a priori* qué es y qué no es cultura, así como la empatía por las víctimas de la historia, le llevó a imaginar la filosofía como una tarea de recuperación de los des-

hechos, «escuchándolos», mostrando lo que dicen esos residuos y haciendo así algo nuevo con ellos. La antropología social es una de las disciplinas que más pueden aportar al estudio de esa «cultura residual», y por ello el capítulo de Elizabeth Pérez plantea las relaciones entre etnografía, escuela y universidad. Su trabajo aborda la relación entre el saber y el poder, analizando fenómenos lingüísticos y socioculturales en contextos multilingües y multiétnicos que pueden generar exclusión e injusticias epistémicas («otrorización») pero también sinergias positivas de inserción de lo universitario en lo escolar y viceversa. De manera similar, las facultades de arte albergan saberes y prácticas que pueden aportar nuevos modos de investigar, también desde la universidad, fenómenos sociales que por su carácter emergente solo admiten un abordaje cualitativo y tangencial. Es el caso estudiado por Olaia Miranda en su capítulo, dedicado a ilustrar mediante la evolución de la obra de Ibon Aranberri cómo el arte contemporáneo se ha convertido en un agente de investigación de primer orden dentro del sistema cultural. En esa fluctuante zona de contacto entre lo artístico y lo académico, la universidad y otras instituciones han de encontrar maneras de construir «coLaboratorios» (Ariño) donde pueda darse esa innovación sociocultural que es también una de las dimensiones de la «tercera misión» de la universidad.

El libro no presenta conclusiones generales, sino varios puntos de partida para abordar los retos identificados en la interacción entre universidad y sociedad, así como sugerencias para encarrilar de manera efectiva colaboraciones y vías de trabajo futuro en el ámbito de lo dual. Personalmente, consideramos que la universidad no puede postergar más el debate sobre su dimensión cultural ni obviarlo en la gestación y ejecución de sus planes estratégicos. Una de las virtudes de lo dual es que inevitablemente acerca la cultura a sus condiciones materiales: aunque la cultura esté hecha de relaciones humanas, estas no se establecen sin un soporte económico y tecnológico, no hay cultura sin esa «cultura material» de infraestructuras, personal, equipamiento, partidas presupuestarias... Creemos que si quiere ser un agente cultural con influencia en su entorno, la universidad ha de dotarse de herramientas para profundizar críticamente en esta estrategia dual, llevando la formación fuera del aula e insertándola de manera reflexiva en redes de profesionales, gestores y activistas, alimentándolas y alimentándose a su vez de ellas; de otra manera, su necesaria función de extensión puede acabar siendo meramente residual u ornamental, reducida a programadora cultural de segunda fila en un contexto social que está cambiando rápidamente y que no está exento de riesgos para las artes y humanidades. Hay campus cuya vida cultural se reduce a la financiación de eventos, mientras la precarización de las condiciones de trabajo erosiona la motivación y el sentimiento de pertenencia de la comunidad universitaria; por otra parte, las actividades y políticas culturales que no se adapten al nuevo panorama acabarán por devaluarse y desmonetizarse, si es que no lo han hecho ya. Es urgente analizar esas amenazas, al igual que detectar las oportunidades que también puedan traer consigo, y de ahí el origen de esta publicación.

Este trabajo es, pues, una estación de partida, no de *terminus*, de la que parten diferentes trayectos para pensar e implementar esa estrategia o *cultura dual* a la que se alude en su título. Una de esas vías pasaría por la investigación universitaria de las diferentes culturas y «comunidades de práctica» en las que se ensayan respuestas a retos que no pueden ser abordados en solitario. La universidad entera puede bajar de la torre de marfil académica a pie de calle e insertar su actividad, si no en las relaciones laborales (como sucedería en el modelo dual clásico), sí al menos en las relaciones cívicas, implantando así un modelo dual *light*, más cultural o «líquido» (Bauman) que solidificado en relaciones jurídicas o laborales pero igualmente al servicio de la sociedad. Sea como fuere, los retos de nuestro tiempo son tan económicos como culturales, tan de ciencias como de letras, y por ello este libro aborda el papel de la cultura (entendida en sentido amplio, incluyendo a la cultura científica) desde una «alianza de saberes» (Garcés), una pluralidad de disciplinas y posiciones complementarias. Las autoras y autores somos especialistas en filosofía, sociología, antropología, economía, estudios culturales, ciencias de la salud, artes y humanidades..., pero también escribimos desde nuestra experiencia universitaria, incluyendo en ella la gestión y también la pasión: al fin y al cabo, el bienestar y el malestar son nociones que siempre han estado ligadas a la reflexión sobre la cultura.

Esa pluralidad en equilibrio nos parece un logro colectivo de este libro. Por un lado, que haya en él más autoras que autores resulta especialmente valioso y significativo a la luz de lo que se dice en varios de sus capítulos; por el otro, prácticamente todos somos doctores y doctoras con experiencia en docencia, investigación y extensión universitaria, en diferentes estadios de la carrera académica: desde profesorado adjunto y agregado a titulares y catedráticas/os, pasando por investigadores/as postdoctorales y permanentes, incluyendo a personal funcionario y laboral. La visión de la universidad y de la cultura que emerge de estas páginas tal vez pueda perder actualidad con los años y los nuevos cambios sociales que se produzcan, pero al menos establece el estado de la cuestión de manera inclusiva y, a día de hoy, fiel a su entorno local.

Finalmente, este libro es un resultado del proyecto Etorikizuna Eraikiz-Gipuzkoa Taldean 1.3 Formación Dual (I. P. Agustín Erkizia, UPV/EHU) financiado por la Diputación Foral de Gipuzkoa. También quisiéramos hacer constar la ayuda del proyecto de investigación «Identidad en interacción», financiado por el MINECO del Gobierno de España, ref. FFI2014-52173-P (I. P. Arantza Etxeberria y Kepa Ruiz-Mirazo, UPV/EHU). Los créditos de los diferentes capítulos aparecen en nota al pie de cada uno de ellos. Todos los capítulos son inéditos, salvo la sección 2 del de A. Casado y J. Delgado, que apareció en una versión anterior en el número 26 de *Dilemata-Revista Internacional de Éticas Aplicadas*; algunos pasajes del capítulo de F. Broncano aparecieron inicialmente en su blog, <http://laberinto-delaidentidad.blogspot.com/>; el capítulo de M. J. Guerra fue presentado en agosto de 2017 en la Universidad Veracruzana y editado en un volumen coordinado por

María José García Oramas; el capítulo de M. Karlsson fue presentado (en inglés) como conferencia plenaria en el Centennial Meeting of the Nordic Council of Ophthalmology; y A. Ariño presentó una versión preliminar de su capítulo en el Curso de Verano «Cultura en/desde/para la universidad», organizado por la UPV/EHU y cofinanciado por Kutxa Fundazioa y Tabakalera-Centro Internacional de Cultura Contemporánea. Agradecemos a editores, autoras y autores la autorización para utilizar ese material, así como a las instituciones el apoyo que hace posible publicarlo y difundirlo.

2. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BAUMAN, Z. (2006), *Vida líquida*, Barcelona, Paidós.
- DERRIDA, J. (2002), *Universidad sin condición*, Madrid, Trotta.
- ÉSTANKONA, A., LAUZIRIKA, A. y RODRÍGUEZ, N. (eds.) (2014), *Áreas emergentes e innovación en el sector cultural vasco*, Bilbao, Servicio Editorial de la UPV/EHU.
- GARCÉS, M. (2017), *Nueva ilustración radical*, Barcelona, Anagrama.